

Itinerarios de barco: don Juanito Mora rumbo al patíbulo

Dr. Luko Hilje Quirósⁱ
Recibido: 15/04/2015
Aprobado: 22/05/2015

Resumen

Derrocado en agosto de 1859, tras casi 10 años de ejercer la presidencia de Costa Rica, Juan Rafael Mora fue deportado a El Salvador; retornó en setiembre de 1860, pero pronto fue fusilado. Para entender mejor lo acontecido con sus actividades personales y políticas durante ese intervalo, en procura de retomar el poder, se analiza la información disponible en la prensa de entonces acerca de sus viajes en barco por la costa centroamericana.

Abstract

Steamboat Itineraries: Don Juanito Mora on the Road to his Execution I

Victim of a coup in August in 1859, after almost ten years of being the President of Costa Rica, Juan Rafael Mora was deported to El Salvador; he returned in September 1860, but was soon executed by firearm. In order to understand what happened in relation to his personal and political activities during that period of time, when he intended to regain power, the available information from the press at that time regarding his steamboat voyages along the Central American coastline is analyzed.

INTRODUCCIÓN

Don Juan Rafael Mora Porras, conspicuo cafetalero y comerciante, a quien el pueblo cariñosamente le llamaba don Juanito, incursionó en el ámbito de la política, primero como diputado y después como Vicepresidente de Estado, secundando al abogado José María Castro Madriz. Tras algunas turbulencias que precipitaron la renuncia de Castro, el 30 de diciembre el Congreso

lo investía como Presidente de la República. Favorecido por la bonanza cafetalera de entonces, iniciada en el decenio de 1830, desarrolló una obra realmente encomiable, que se prolongaría por casi 10 años, tras ser reelecto dos veces de manera consecutiva. A la construcción y el mejoramiento de caminos y puentes, así como de proyectos de colonización agrícola en áreas clave del país, se sumaron importantes obras de infraestructura

Luko Hilje Quirós. **Itinerarios de barco: don Juanito Mora rumbo al patíbulo**. *Revista Comunicación*. Año 36, vol. 24, núm. 1. Enero - junio, 2015. Tecnológico de Costa Rica. ISSN Impreso: 0379-3974/ e-ISSN: 1659-3820

PALABRAS CLAVE:

Juan Rafael Mora, José María Cañas, exilio, El Salvador, Costa Rica, John M. Dow, vapor Guatemala, vapor Columbus.

KEY WORDS:

Juan Rafael Mora, José María Cañas, exile, El Salvador, Costa Rica, John M. Dow, Guatemala and Columbus steamboats.

ⁱ Profesor Emérito. Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza (CATIE). Turrialba, Costa Rica. Miembro del grupo cívico "La Tertulia del 56".

y se ejecutaron notables acciones en beneficio de la educación, la salud pública, la economía, la política, la cultura y la seguridad nacional.

Pero, además, cuando desde mediados de 1855 Costa Rica y Centro América empezaron a sufrir las vejaciones del filibusterismo encarnado en William Walker y su falange, don Juanito supo responder a la altura de las circunstancias. Con gran capacidad de convocatoria, a pesar de la fuerte oposición de un sector de influyentes personajes, logró engrosar el ejército regular de manera sustancial, lo equipó con el armamento más moderno, y él mismo marchó hacia los frentes de batalla, en Guanacaste y Nicaragua, en su condición de Capitán General del Ejército Expedicionario.

Esa Campaña Nacional, que se prolongó por poco más de un año, entre marzo de 1856 y mayo de 1857 -cuando Walker se rindió ante los ejércitos aliados de los países centroamericanos-, tuvo un muy alto precio en víctimas de la pólvora, las bayonetas y los sables, a lo cual se sumaron los estragos del *cólera morbus*, que aniquiló al 10% de nuestra población. Pero, sin duda, don Juanito emergió como un sabio y valiente conductor, como el héroe que logró abortar las pretensiones esclavistas de los estados del sur de EE.UU., quienes sin cesar apoyaban a Walker con reclutas, armas modernas, pertrechos militares y viandas.

En efecto, don Juanito venció en el plano externo, pero sus enemigos, que eran una facción de la misma oligarquía a la cual él pertenecía, no se daban por derrotados. De hecho, las pugnas databan de mucho antes, e incluso sus adversarios habían intentado derrocarlo pero él acompañaba a nuestras tropas, victoriosas en las célebres batallas de Santa Rosa y Rivas. Eso lo forzó a retornar de Nicaragua tan pronto como le fue posible, lo que dio como resultado confinamientos de varios individuos en lugares inhóspitos, o deportaciones hacia otros países, aunque a casi todos después se les revocó el castigo; entre los más conspicuos figuraban el expresidente Castro Madriz, así como Francisco María Iglesias Llorente y Saturnino Tinoco Cantarero, los cabecillas de la conspiración.

El tiempo siguió su curso y los adversarios persistieron, aunque Mora se las ingenió para mantener la situación sin muchos sobresaltos. No obstante, los intereses económicos y políticos de la citada facción, sumados a serios errores políticos del propio don Juanito, crearon el caldo de cultivo para que, apenas tres meses después de asumir el poder por tercera vez, por fin los golpistas

lograran el ansiado anhelo de verlo fuera de la presidencia.

Si bien los principales acontecimientos asociados con su derrocamiento y deportación han sido descritos en las obras de Montúfar (2000), Meléndez (1968) y Argüello (2007), aún subsisten muchas interrogantes acerca de tan importante coyuntura histórica. Y aunque ello obedece, en gran medida, a la carencia de fuentes documentales, debe reconocerse que algunas que no han sido exploradas debidamente. Una de ellas es el archivo personal del capitán naviero John Melmoth Dow, testigo de excepción de esa época, con base en cuya correspondencia quien escribe pudo trazar su relación con don Mora (Hilje, 2010).

Ahora, a propósito de la celebración del bicentenario del nacimiento de don Juanito, se considera necesario complementar e integrar esa información con aquella disponible en la prensa de la época, y especialmente en los recuadros que, con el título "Movimiento marítimo", aparecían con frecuencia en la *Gaceta Oficial de Costa Rica* y la *Gaceta Oficial* (El Salvador) en el cual se abrevia *GOCR* y *GO* respectivamente. Con toda esta información, se han podido reconstruir algunos acontecimientos, al igual que las actuaciones de varios personajes asociados con el destierro y el retorno de don Juanito, para así entender mejor el proceso que culminaría con su deplorable fusilamiento, en Puntarenas.

UN DERROCAMIENTO EXPEDITO

En verdad, a los enemigos políticos de don Juanito no les costó mucho destronarlo. Con la misma astucia con que otrora se había lucido en las batallas del río San Juan el mayor Máximo Blanco Rodríguez, en asociación con el coronel Lorenzo Salazar Alvarado ingenió un simple pero eficaz ardid.

Apelando al gran respeto que se le tenía a Mora, se le buscó en su casa en la madrugada del domingo 14 de agosto, para convencerlo de que solo su presencia podría abortar un motín militar en el Cuartel de Artillería. No dudaban de que él accedería de inmediato. Por eso, Salazar se limitó a enviar a su subalterno Sotero Rodríguez con una escolta, y a esperar a que, ya convertido en prisionero, don Juanito arribara al cuartel, que distaba tan solo dos cuadras y media de la casa.

Al clarear el día, la impactante noticia empezó a circular boca a boca entre la población. Pronto fueron detenidos otros correligionarios clave, como el vicepresidente Rafael G. Escalante Nava, el general José María

Cañas Escamilla -cuñado suyo y concuño de Montealegre- y el joven abogado y escritor Manuel Argüello Mora -sobrino de don Juanito-, quien frisaba los 26 años. Tras ser apresados los dos primeros, así como el general José Joaquín Mora -hermano suyo, quien fungía como Comandante General del Ejército- “fueron encerrados en diversas oficinas públicas y se les permitió comunicar con cuantas personas quisieron” (*Nueva Era*, 1859).

A partir de entonces, cualquier intento de rescatar al héroe caído topaba con una simple y cruda realidad: indefenso dentro de un calabozo, Salazar blandía frente a él un puñal, mientras advertía que lo clavaría en su pecho si alguien intentaba rescatarlo. Todo ello dejó sin capacidad de respuesta de los moristas, que debieron aceptar la contundencia de los hechos.

El plan de los sediciosos fue aún más evidente cuando ese mismo domingo por la tarde, 87 ciudadanos concurrían a una especie de cabildo abierto, en el cual suscribieron el Acta del Vecindario de San José. En ella se desconocía a Mora como Presidente de la República y se le enviaba al exilio junto con Cañas y Argüello, se nombraba como presidente provisorio a José María Montealegre Fernández, se decretaba el cierre del Congreso y se convocaba a una Asamblea Constituyente. Los políticos más influyentes que la rubricaron fueron Castro Madriz, el abogado Julián Volio Llorente, el otro hombre de confianza Manuel José Carazo Bonilla, que había renunciado a su puesto de Ministro de Hacienda y Guerra poco después de la batalla de Rivas, y el comerciante Vicente Aguilar Cubero. Este último, exsocio y enemigo acérrimo de Mora, fue nombrado tres días después como Ministro de Hacienda, Guerra, Marina y Caminos (GOCR, 22 de agosto, 1859).

Acerca de Montealegre, debe anotarse que era cirujano de formación, así como miembro de un importante clan cafetalero, junto con sus hermanos Francisco y Mariano. Había enviudado cinco años antes de Ana María Mora, hermana de don Juanito, con la que procreó 10 hijos; en enero de 1858 se casó con la inglesa Sofía Matilde Joy, antigua institutriz de sus hijos.

En un mensaje de ese mismo día, Montealegre expresaba lo siguiente (*Crónica de Costa Rica*, 1859):

Preciso es reconocer los importantes servicios y dar las más expresivas muestras de gratitud a los valientes y honrados militares, muy particularmente a los heroicos Jefes D. Lorenzo Salazar y D. Máximo Blanco.

Esto era congruente con el encabezado del acta ya citada, en la que se agradecía a la Divina Providencia haber armado “el brazo del esclarecido patriota don Lorenzo Salazar” para librar al país “de la abyecta esclavitud en que el opresor nos había sumido”, así como con el artículo 2º, en que se calificaba de heroico a Salazar. Pero ese heroísmo y patriotismo se desdibujaron de manera vergonzosa cuando la prensa internacional reveló que Salazar, Blanco y Sotero Rodríguez recibieron la exorbitante suma de 15.000 pesos por su trabajo; aún más, se implicó a los ingleses Eduardo Joy -cuñado de Montealegre- y Eduardo Allpress -yerno de Vicente Aguilar- como los que aportaron toda o la mayor parte de tan jugosa suma de dinero.

El propio domingo 14, don Juanito fue trasladado del cuartel a la que fuera su oficina presidencial en el Palacio Nacional, en tanto que Escalante y Argüello permanecían en una sala contigua. Ahí, bajo estricta vigilancia, se permitió la visita de familiares y allegados, antes de su deportación. Por su parte, Cañas esperaba en el que horas antes fuera su despacho de Ministro de Hacienda y Guerra, también en el Palacio Nacional; según un documento confiable (Anónimo, 1861), no fue capturado, sino que él se había entregado y, sin ser encarcelado, fue trasladado ahí. En esto hay un curioso error de (Argüello, 2007), tal vez por el olvido que provocan los años -pues fue un testigo de excepción-, al consignar que tanto Cañas como José Joaquín Mora se unieron al grupo de exiliados ya en Puntarenas, lo cual carece de lógica, en virtud de la información aquí recopilada; por cierto, el nombre de este último no figuraba en el acta ya mencionada.

HACIA EL DESTIERRO

Existe un importante documento (Anónimo, 1861) que representa la versión del gobierno, pero no fue suscrito por éste, sino por “Unos costarricenses”, aunque salió a la luz en la *Imprenta del Gobierno* (Figura 1)¹. En él se indica que a don Juanito se le dio un trato esmerado, y que incluso -algo difícil de creer- él aceptó los acontecimientos con satisfacción, al punto de que “manifestóse muy resignado con su suerte, muy complacido por las atenciones y respetos de que era objeto, aun de parte de aquellas personas a quienes él había dañado y perseguido, y protestó [¿manifestó?] estar satisfecho dando su entera adhesión al cambio que se había verificado”. Esto último es poco o nada veraz, no solo por lógica elemental, sino que también por lo que don Juanito expresaría después, en sendas cartas escritas a

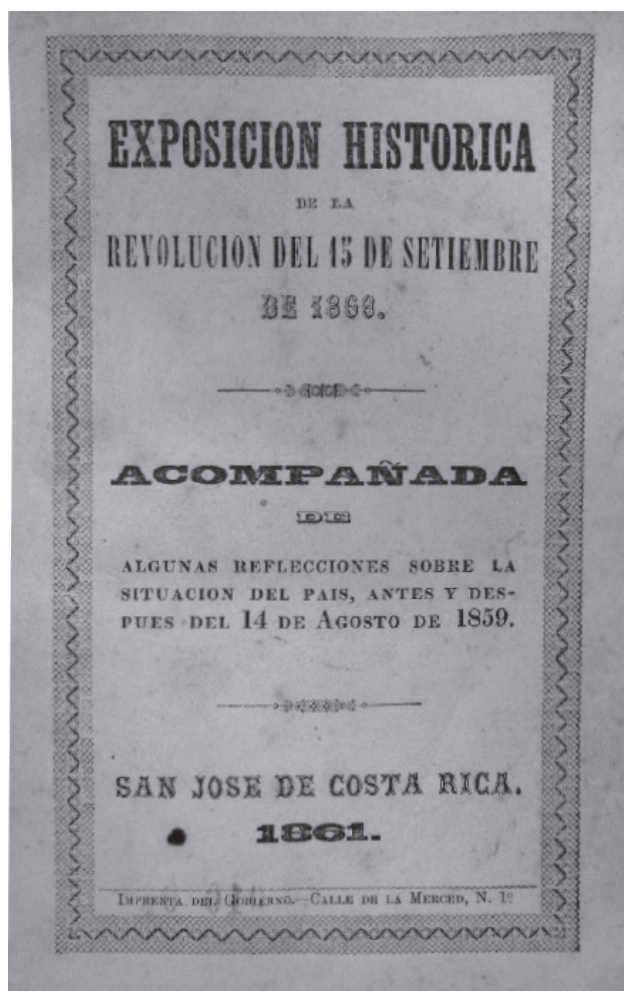


Figura 1. Carátula del documento aludido

bordo del vapor que lo llevó al exilio que, por cierto, irritaron mucho a sus captores.

Ahí mismo se expresa que, a solicitud suya, el gobierno le giró un monto de 4621 pesos en efectivo, “bajo el título de gastos extraordinarios”, es decir, discrecionales -hoy llamados gastos de representación-, que eran un complemento de su salario; además, en una nota al pie se aclara que, aunque tenía derecho a disponer de 10.000 pesos anualmente, en los tres meses que había gobernado ya había consumido casi 9000 pesos. Por aritmética simple, se capta que entonces que, con la nueva erogación efectuada, se le habría dado dinero en exceso, quizás tratando de comprar su silencio.

El enclaustramiento de los prisioneros se prolongó por pocos días pues, obviamente, para evitar cualquier intento de liberarlos, el gobierno pretendía enviarlos al exilio a la mayor brevedad. Es posible que el lunes 15

fuera un día de negociaciones para, entre otras cosas, acordar cuál sería el país adonde serían enviados. Aunque Cañas no estaba al lado de don Juanito, posiblemente fue él quien sugirió que fuera a El Salvador, su país natal, gobernado por el general Gerardo Barrios Espinoza, quien de seguro los acogería; amigos entrañables, Cañas y Barrios habían sido compañeros en el ejército del general unionista hondureño Francisco Morazán Quesada.

Convenido esto, era preciso utilizar la vía más expedita y menos riesgosa para sacarlos del país, que era la acuática, para lo cual se necesitaba contar con un barco apropiado. En tal sentido, lo ideal era utilizar uno de los vapores de la Pacific Steamship Mail Company, que atracaría en esos días en Puntarenas; conocida como “Mala del Pacífico”, esta empresa naviera era propiedad de la Compañía del Ferrocarril de Panamá. Esto explica la siguiente resolución (Méndez, 2012):

Con esta fecha he recibido orden Suprema para que a las cinco de la mañana del día 17 del corriente haga salir con destino a Puntarenas, para embarcarse en el vapor Columbus a los señores Don Juan Rafael Mora, Don José Joaquín Mora, Don José María Cañas y Don Manuel Argüello, recomendándole al mismo tiempo se les trate en su marcha con la consideración que sea posible... y como a estos Señores y principalmente al expresidente Juan Mora, se les debe custodiar hasta su destino con una escolta de oficiales por lo menos de ocho mandada por un Jefe, me apresuro a comunicárselo para que se prepare desde luego.

Sin embargo, quizás después se percataron de que no habría tiempo suficiente para abordar el vapor, que fondearía el viernes 19. Por tanto, ya el martes 16 de agosto la comitiva emprendía la ruta del Camino Nacional (Argüello 2007), fecha que coincide con el siguiente dato:

Cuatro días mediaron también desde la salida de la capital del Sr. Mora y su ex-Ministro (Cañas), hasta su embarco en Puntarenas; iban sueltos y a caballo, hacían jornadas discrecionales, tenían comunicación con todos, y la guardia de cien hombres que les acompañaba, era más de honor y de protección, que un cuerpo de vigilancia y seguridad (Anónimo, 1861).

Por cierto, estas palabras tienen un tono casi festivo, al igual que la aseveración -poco verosímil- de que don Juanito hasta escogió a sus guardianes; se sabe que eran 10 oficiales, comandados por el coronel colombiano

Prudencio Blanco. Asimismo, que tan solo cuatro prisioneros inermes fueran “conducidos a Puntarenas bajo la custodia de solo cien hombres al mando de oficiales que el mismo Mora designó” no pareciera una concesión, sino una obvia desproporción.

Esto es poco verosímil, pues en algún punto del centenar de kilómetros de esa ruta tortuosa y montañosa que atravesaba La Uruca, La Asunción de Belén, San Rafael de Alajuela, Los Llanos, La Garita, Atenas, San Mateo y Esparza, podría ocurrir una emboscada para liberar a los cautivos.

Al respecto, en un expediente judicial alusivo a este asunto, para el cual fue indagado Leandro Cantillano, “labrador, soldado y vecino del Barrio de la Uruca”, expresó que, tras enterarse de la detención de don Juanito el propio 14 de agosto, el Comandante de Alajuela logró aglutinar un contingente de 300 o 400 hombres en la hacienda “Ojo de Agua”, perteneciente a aquel, “con el objeto de lanzarse sobre los cuarteles de esta ciudad y tomarlos, para quitar de la prisión al Presidente Mora y colocarlo en su destino”; no lo hicieron, porque don Juanito les escribió, indicando que si lo hacían, lo asesinarían (Guerra y Marina, 1864). Sin embargo, en superioridad numérica y a campo abierto, un batallón como este podría haber enfrentado y derrotado a las fuerzas gubernamentales. Es decir, es de suponer que, capturadas sus preciadas presas políticas, estas fuerzas iban muy bien armadas y organizadas para repeler cualquier ataque.

En todo caso, lo cierto es que la caravana logró atravesar sin dilación los escarpados Montes del Aguacate, a pesar de las fuertes lluvias de la época, para arribar a Puntarenas a tiempo, de modo que a don Juanito y Cañas “se les hizo embarcar, en unión de un hermano y de un sobrino de éste, a bordo de uno de los vapores de la línea de Panamá, que a la sazón salía para las otras repúblicas centro-americanas”. Al revisar la prensa de esa semana, se percibe que, en efecto, el viernes 19 arribó el barco de la “Mala del Pacífico”, como se capta a continuación como afirma (GOOCR, 1859):

Agosto 19. Dio fondo en este Puerto, procedente de Panamá y Boca Chica, el Vapor Norte-americano *Guatemala*, de 1.500 toneladas. Su Capitán John M. Dow, tripulado con 43 hombres. Cargamento: mercaderías extranjeras y consignado a los señores Crisanto Medina y Compañía. Pasajeros, los señores Juan G. Barth, U.E. Moller, W. Boehardt, H. Held, Filadelfo Soto y Miguel Macaya (Núm. 2, p. 3).



Figura 2. El capitán Dow, en su juventud

Dos de estos pasajeros deben haber quedado azorados ante lo que presenciaban. Uno de ellos, el alemán Juan Barth, había sido director de la Casa de la Moneda por mucho tiempo, en tanto que Miguel Macaya de la Esquina era un prominente y respetado abogado colombiano establecido en Costa Rica desde hacía varios años. Pero la sorpresa debe haber sido más que mayúscula para el capitán del navío, John Melmoth Dow, de 33 años de edad (Figura 2), quien había alternado con don Juanito desde que, tres años antes, a inicios de enero de 1856, el vapor “Columbus”, bajo su mando, había fondeado en Puntarenas, en el recorrido inaugural de los vapores de la “Mala del Pacífico” por los puertos centroamericanos.

Al parecer, fue en esa ocasión que Dow obsequió a don Juanito un catalejo, que pocos meses después utilizaría cuando, como Capitán General, comandó a nuestras tropas por los territorios de Guanacaste y Nicaragua; por su parte, en sus archivos personales Dow conservaría consigo una foto de su amigo (Figura 3).

Ya lejos de sus custodios, e instalado en el buque, don Juanito decidió escribir una carta, dirigida a los ministros y cónsules extranjeros acreditados ante los gobiernos de la región, en la cual se proclamaba “por la Constitución, Presidente legítimo de la República de Costa-Rica”. Esto contradice de manera palmaria la aceptación de su derrocamiento, como se expresa en el folleto justificativo ya citado (Anónimo, 1861) donde, por este acto, se le censura en los siguientes términos: “En la misma hora de su embarco, arrojando la máscara, y atropellando su palabra y sus promesas, formularon una protesta, tan curiosa en su forma, como extraña



Figura 3. Foto de don Juanito, tal y como la conservaba Dow. Nótese la letra de Dow al pie de la foto

en su objeto". Pero, además, don Juanito expresaba que sus seguidores no lo rescataron de prisión, "debido en primer lugar, a las órdenes dictadas por mí, prohibiéndome ensangrentar el país con una lucha fratricida".

El barco, que hacía su primer recorrido por la costa centroamericana, zarpó el mismo día de su arribo a Puntarenas, con cuatro exiliados, más nuevos pasajeros, como se nota a continuación (GOCR, 1859):

Agosto 19. Vapor Norte-americano *Guatemala*, a cargo de su Capitán John M. Dow con destino a San José de Guatemala y puertos intermedios, despachado por los señores Crisanto Medina y Compañía: llevando parte del cargamento que trajo, y de pasajeros a los señores Don Juan Rafael Mora, D. José María Cañas, D. José J. Mora, D. Manuel Argüello, D. Roderico Toledo, D. Joaquín Marcoleta, P. Domingo Rivas, D. Manuel García, D. Manuel Castell, D. Jesús Brenes, Remigio Garro, Joaquín González y Luis Pagés (Núm. 2, p. 3).

Llama la atención la ausencia de Rafael Escalante, quien tiempo después residiría en El Salvador, según consta en una carta del emigrante voluntario Faustino Montes de Oca (Obregón, 2007). En cuanto a los

demás pasajeros, es importante destacar que el joven Roderico Toledo Mattei era hijo del médico guatemalteco Nazario Toledo Murga, cercano colaborador de don Juanito, y a quien se aludirá después. Por su parte, el sacerdote Domingo Rivas Salvatierra, que años después sería rector de la Universidad de Santo Tomás, iba en una importante misión de carácter eclesiástico, como se relatará posteriormente.

EN EL OSTRACISMO

Como se verá pronto, y este es un dato ausente en nuestros anales históricos, los exiliados iban para El Salvador, pero las autoridades de allá lo ignoraban por completo. Eso sí, según narra (Argüello, 2007), Cañas y él desembarcaron en el puerto nicaragüense de Corinto (o Realejo) para después viajar por tierra a León.

Don Juanito continuó el viaje junto con su hermano José Joaquín, y al atardecer del día 21 y frente al puerto de La Unión, redactó una carta de protesta, dirigida al general Gerardo Barrios, Presidente de El Salvador. Vale la pena resaltar que, en una nota al pie, consigna que Lorenzo Salazar "se vendió por 10.000 pesos a los facciosos Vicente Aguilar, Eduardo Allpress, Eduardo Joy, Francisco María Iglesias y Ramón Molina, que fue el negociador con Salazar". Es curioso que, en tan breve tiempo, y en coincidencia con lo expuesto por la prensa internacional, don Juanito conociera en detalle quiénes fueron los implicados en su derrocamiento, y hasta el monto pactado, pues otras fuentes (Meléndez, 1968) indican que, ciertamente, Salazar entregó a Sotero Rodríguez 5000 de los 15.000 pesos recibidos. De los citados personajes, ya se verá cómo Aguilar e Iglesias, investidos de gran poder por la administración Montealegre, fueron protagonistas determinantes en el desenlace de los acontecimientos que, un año después, culminaron en el fusilamiento de don Juanito y Cañas.

En cuanto a la carta, no había manera de hacerla llegar rápidamente a Barrios, pues La Unión está a la entrada del golfo de Fonseca, lejos de San Salvador, cuyo puerto más cercano es La Libertad, donde don Juanito desembarcaría en menos de dos días, como lo confirma la siguiente noticia en la prensa salvadoreña, del 24 de agosto (GO, 1859, núm. 31, p. 6):

A última hora: Primer viaje el vapor "Guatemala". Ayer por la mañana tocó por la primera vez en el puerto de la Libertad el vapor "Guatemala", de 1,500 toneladas. Es un buque magnífico, según todos los informes que se tienen.

Ese buque demoraba entre ocho y diez días para completar su periplo por los principales puertos centroamericanos pues, incluyendo la travesía y la estadía en cada puerto, dilataba unos dos días entre Panamá y Puntarenas, uno más hasta Realejo (Nicaragua), medio día hasta La Unión, un día hasta La Libertad y otro medio día hasta Acajutla (los tres en El Salvador), más otro día hasta San José (Guatemala), donde permanecía unos dos días. Así consta en un detallado itinerario publicado en la prensa nacional, en octubre de 1859.

Ahora bien, la reconstrucción de los hechos, basada en varias fuentes documentales poco o nada exploradas, indica que don Juanito y su hermano no desembarcaron en La Libertad, sino que continuaron hasta el puerto de San José, en Guatemala pero, obviamente, enviaron la carta a Barrios con algún emisario o un funcionario estatal. Enterado de los hechos, quizás Barrios los comunicó a la prensa, y al día siguiente, a continuación del ya citado anuncio acerca del vapor “Guatemala”, se informaba -aunque algunas inexactitudes y ciertos datos que no aparecen en la carta de don Juanito- de lo ocurrido en Costa Rica, así GO (GO 1859):

A última hora: Revolución en Costa Rica. El 15 por la noche se sublevó el cuartel de San José de Costa-Rica mediante 20,000 pesos con que una casa de aquella República sobornó a un oficial superior. El Presidente Mora fue preso y expulsado juntamente con su hermano el General Mora y su cuñado el General Cañas. Ayer tocó en la Libertad dicho Presidente que venía en el “Guatemala” y pasó para el puerto de San José. Un gobierno provisorio a cuya cabeza se hallaba el Dr. D. José María Montealegre, había sido proclamado en Costa-Rica (Núm. 31, p. 6).

Vale la pena aclarar que en días previos, ajeno a lo que ocurría en Costa Rica, Barrios más bien estaba a la espera de una actividad protocolaria de bienvenida, a raíz del arribo del vapor “Guatemala” pero, por algún motivo que se ignora, de manera anticipada se prefirió efectuarla no al llegar a El Salvador por primera vez, sino cuando bajara desde Guatemala. Esto ocurriría el día 27, como lo revela la siguiente noticia (GO, 1859):

Crónica del Interior. El Exmo. Señor Presidente marchó el sábado 27 al puerto de la Libertad con el objeto de visitar el nuevo vapor “Guatemala”, cuyo comandante estaba instruido para recibirle de la manera correspondiente, según aviso que dio al Ministerio el agente de

la Compañía de Panamá. Los jefes del Estado Mayor y dos compañías de la guardia de honor acompañaron a S.E. El Illmo. Sr. Obispo y muchas personas notables invitadas, han ido también a aquella alegre expedición. La amable Señora de Barrios también invitó en su nombre a otras señoras que forman la parte más bella de la concurridísima expedición. Es probable que regresen hoy los ilustres visitantes del vapor “Guatemala” (núm. 33, p. 1).

Sin embargo, al tanto de la sorpresiva presencia de don Juanito y su hermano en este navío, quienes subieron hasta Guatemala, mientras que en El Salvador ya circulaba la noticia del derrocamiento, los planes de bienvenida se ampliaron. Es decir, Barrios decidió homenajearlos, e incluso ofrecerles asilo político, como se capta en el siguiente relato:

Varietades. Expedición del Exmo. Señor Presidente al vapor “Guatemala”. El miércoles 31 del pasado regresaron de su expedición del puerto de la Libertad el Exmo. Señor Presidente y su comitiva, sin haber ocurrido la menor novedad desagradable. Su Señora Ilma. se dirigió desde el camino a su mansión de la Nueva San Salvador. Todas las personas que fueron invitadas vienen sumamente complacidas de los esmeros del Sr. Presidente por hacerles agradable el paseo y regalarlas con delicadeza y esplendidez.

Uno de los objetos que llevaba S.E. era visitar al Sr. Capitán General Don Juan Rafael Mora y ofrecerle el asilo de esta República con los demás miramientos que demanda su posición, como así lo verificó. El Sr. Mora luego que fue informado de que S.E. estaba en el puerto, salió del vapor y vino a cumplimentarle.

Más tarde el Sr. Presidente se dirigió a bordo acompañado de Su Señoría Ilma. y comitiva, tanto con el objeto de llenar la visita propuesta como de conocer el nuevo buque. El Capitán Sr. Dow le obsequió espléndidamente. En la mesa, como es de suponer, hubo los más cordiales brindis, y entre ellos fue muy notable la siguiente improvisación que el joven Teniente Coronel Don Juan Cañas dirigió al Sr. General Mora.

¿Qué importa que tu pueblo / se muestre contigo ingrato, / ni que toque hoy a rebato /

la discordia con furor? // Cuando tú tienes un alma / tan grande como el vacío; / deja que ese pueblo impío / hoy desconozca tu amor. // Deja sí que en su delirio / maldiga imbécil tu gloria / y que tu ilustre memoria / la procure escarnecer. // Pero el mundo es el juez solo / que contra él dictará el fallo: / ¡flor arrancada del tallo / alivia tu padecer! // ¡Nosotros! - Mira ahí al hombre / que nuestros destinos rige; / él nuestros pasos dirige / por el sendero del bien. // ¡Nosotros! - Con nuestra espada / su poder defenderemos: / nosotros no nos vendemos, / y él vela por nuestro Edén. // Juan J. Cañas.

Sorprendió a los concurrentes y fue muy aplaudido este generoso arranque del joven Vate, de que tomaron nota muchos asistentes a la mesa.

Como el ilustre emigrado de Costa-Rica no se hallaba en posición de premiarle con ninguna distinción por este rasgo, S.E. el Sr. Presidente manifestó que hallándose el Sr. Mora al lado de un Jefe amigo, quedaba autorizado para acordar alguna distinción al joven Cañas, que desde luego quedaría confirmada. Agradeciendo aquel esta condescendencia generosa, preguntó qué graduación tenía el joven oficial y habiéndosele respondido que era Teniente Coronel graduado, le discernió la efectividad, que fue ratificada en el acto por S.E.

Terminado el banquete, el Capitán tuvo la fineza de hacer navegar algunas leguas el Vapor y dar un paseo por el Pacífico a los ilustres visitantes: y vueltos al surgidero a las siete de la noche se despidieron con la más amistosa cordialidad de los viajeros que seguían a bordo. Al separarse del buque el Jefe de la República de San Salvador y su séquito, el Vapor fue iluminado con luces de bengala, arrojó cohetes e hizo demostraciones de agasajo.

Nada nos parece más propio de un Gobierno civilizado que ver al Jefe de la República llevar el consuelo y tender una mano amiga al Jefe de otra República caído de la mayor altura del poder, por consecuencia de un hecho que no podemos ni debemos calificar. El agasajo y la cortesanía no tienen que ver con la política; y justa o injusta la caída del Sr. General Mora, ningún Centro-americano que tenga un corazón para su patria, debe olvidar jamás que

aquel Jefe fue el primero que con un puñado de valientes se arrojó sobre los filibusteros, y que luchando con el clima, con los desiertos y con el cólera los hizo morder el polvo en Sapoá, les quitó el río de San Juan, recobró el Castillo Viejo y les forzó a capitular en Rivas.

Verdad es que las Repúblicas aliadas concurren después de los primeros encuentros; pero nadie puede negar que los preliminares de la victoria fueron debidas al Sr. Presidente Mora y al Pueblo Costarricense (GO, 1859, núm. 34, p. 7).

Como acotaciones interesantes, nótese que, gracias a su gesto, Juan José Cañas fue convertido *ipso facto* en Coronel. Este militar y poeta, por entonces de 33 años de edad, escribiría la letra del Himno Nacional de El Salvador, estrenado en 1879; destacado poeta, quien no era pariente cercano del general Cañas, sería amigo de Rubén Darío y de José Martí. Por su parte, la esposa del general Barrios era Adelaida Guzmán Saldas, hija del general Joaquín Eufasio Guzmán Ugalde, costarricense nacido en Cartago, quien incluso fungió como Presidente de El Salvador entre 1845 y 1846.

A pesar de la gentil oferta de Barrios, don Juanito no planeaba instalarse de inmediato en El Salvador, como sí lo hizo su hermano, distinguido y respetado militar, quien había conducido a los ejércitos aliados centroamericanos hasta lograr la rendición de Walker el 1° de mayo de 1857, en Rivas. En realidad, de antemano él había planeado efectuar una visita recreativa a Nueva York, en compañía de su sobrino y del empresario argentino Crisanto Medina Blanco, que había sido un socio clave del Banco Nacional de Costa Rica, ente de capital mixto, público y privado, fundado por don Juanito.

A propósito de dicho banco, puesto que amenazaba seriamente a los prestamistas que cobraban intereses de usura, sus enemigos políticos lo llevaron a la quiebra de manera astuta. "El tal Banco cayó por consunción, pues todo billete de él, entrado al comercio mayor, en el acto era enviado para ser cambiado por efectivo, y este comercio ni aceptaba giros o documentos de él", relataría muchos años después don Francisco Rohrmoser von Chamier (Hilje, 2010). Este testigo de excepción también consignaría que, además de la molestia causada por la creación de dicho banco, confluyeron en el golpe de Estado "esta enemistad de Vicente Aguilar, la de Saturnino Tinoco por haberle expatriado y quitado el monopolio del aguardiente, y la de otras principales casas comerciales por su producción".

Aunque, según (Argüello, 2007), ya de regreso don Juanito abordó el “Guatemala” en El Salvador, y él se embarcó en Corinto, sus nombres no figuran en la lista aparecida en la prensa, pues ellos eran parte del grupo de 13 pasajeros que iban en tránsito, y Dow no tenía la obligación de reportar todos estos nombres a las autoridades migratorias.

En la prensa nacional se indica que el vapor fondeó en Puntarenas el 1° de setiembre, y se consignan los nombres de 14 pasajeros que desembarcaron, entre los que sobresale el de “S.S.I. el Obispo de Costa Rica”, a quien acompañaban los sacerdotes Domingo Rivas y Francisco Ortiz (GOCR, 1859, núm. 5, p. 27).

El citado jerarca era nada menos que Anselmo Llorente y Lafuente, a quien don Juanito expulsara en diciembre de 1858 -por razones que sería extenso referir aquí-, y ahora retornaba jubiloso de su exilio en Nicaragua. ¡Ironías del destino! Es decir, por dos días a don Juanito le tocó compartir el barco con quien fuera su víctima, lo cual debe haber resultado incómodo para ambos, aunque quizás él sabía que eso ocurriría, desde que le tocó partir con el cura Rivas en su viaje hacia El Salvador, y también por un interesante hecho al que se aludirá después, en relación con los desterrados Cañas y Argüello. Por cierto, en los días subsiguientes la prensa publicó una carta del obispo al gobierno, fechada el 5 de setiembre en Alajuela, así como la efusiva alocución de la comisión que le dio la bienvenida en dicha ciudad (GOCR, 1859, núm. 6, pp. 2-3).

En ese mismo número del periódico, se anota que el “Guatemala” había partido hacia Panamá el día 5; sus pasajeros eran Adolfo Bonilla, L. Robles, Crisanto Medina y su hijo Crisanto Medina Salazar, que frisaba los 20 años. Es decir, don Juanito y su sobrino debieron permanecer dentro del buque unos cuatro días, con-

templando con nostalgia el litoral porteño (Figura 4), el cual habían abandonado apenas dos semanas antes, a la espera de que el vapor reemprendiera su ruta, ya con Medina a bordo, para trasladarse todos a Nueva York posteriormente.

Ya en Panamá, con esmeradas atenciones de parte de William Nelson, superintendente de la Compañía del Ferrocarril de Panamá, ellos dos, los Medina y Bonilla viajaron por tren hasta Colón (o Aspinwall), en el Caribe, para abordar ahí el vapor “Ocean Queen”, y arribar a Nueva York al atardecer del 14 de setiembre. Hospedados pronto en el elegante “Saint Nicholas Hotel”, construido en 1854 y ubicado en la famosa avenida Broadway, en los días subsiguientes fueron visitados por numerosos diplomáticos, así como abordados de manera insistente por la prensa.

Además, poco después de llegar, recibieron un telegrama del presidente James Buchanan, invitándolos a la Casa Blanca, lo cual fue reiterado una semana después mediante un telegrama de Lewis Cass, Secretario de Estado. Allá llegaron tiempo después, y narra (Argüello, 2007) que, para sorpresa de ellos, Buchanan, que de manera solapada apoyaba a Walker en su aventura esclavista pero ya lo percibía casi liquidado, ofreció a don Juanito pleno apoyo político, logístico y financiero para, con su liderazgo, lograr la unificación de Centro América, aunque, como es de suponer, bajo la tutela de EE.UU. Obviamente, don Juanito rechazó tan tentadora propuesta. Por cierto, la prensa en El Salvador informó acerca de la realización de la citada entrevista.

Ahora bien, después de unos tres meses de vacaciones en EE.UU., Mora regresó solo, pues Argüello partió hacia Europa, como se verá después. En Panamá debió tomar otra vez el “Guatemala”, rumbo a El Salvador. Para la ocasión, gracias a correspondencia previa con



Figura 4. Puntarenas en 1858, vista desde el estero

sus correligionarios, se fraguaron planes insurgentes en Costa Rica. En efecto, Meléndez (1968) describe con bastante detalle cómo sus partidarios aprovecharon la presencia de Mora en Puntarenas, el 21 de diciembre, para iniciar alzamientos en varias ciudades del interior del país, que conducirían a su reinstalación como presidente. Además, don Juanito estaba convencido de que “en los gamalotales le esperaba una fuerza”, pues así se lo habían prometido sus adeptos; es posible que más bien aludiera a los manglares u otra vegetación cercana al estero, dado que el gamalote o gramalote (*Paspalum fasciculatum* y otras especies) no vive en aguas salobres.

Esto coincide con un testimonio de Dow, quien le relatara por carta a su amigo Charles Lennox Wyke que “en el viaje hacia arriba, anclados en Punta Arenas, me contaron que era de esperarse una revolución en cualquier momento, y que la noche previa a nuestro arribo 300 hombres esperaban en los suburbios la llegada del vapor con el expectante Mora a bordo, con la intención de manifestarse como incondicionales suyos” (Hilje, 2010). De aquí se colige que, desde el extranjero y por correspondencia, Mora y Argüello habían coordinado estos aspectos con figuras moristas clave. Sin embargo, en palabras de Dow, aderezadas con sarcasmo, “se vino una fuerte tormenta de lluvia, la cual dispersó a la valiente banda en todas direcciones, buscando refugio, el cual todos excepto 30 consiguieron tan bien, que fue difícil hallarlos cuando se requerían y *sic transit* (así pasó) el espíritu de restauración. Escuché acerca de varias detenciones de personas, efectuadas cuando estábamos a punto de zarpar”.

En su recuento de los hechos (Meléndez, 1968) narra que inicialmente don Juanito estaba dispuesto a descender del barco, pero que fue el comerciante español Ceferino Rivera Ibarra quien lo disuadió, pues las condiciones no eran las esperadas.

En todo caso, con mucha anticipación, el gobierno estaba al tanto de que don Juanito pasaría por Puntarenas, e incluso de las intenciones de los moristas. De hecho, fechada el 3 de diciembre, don Juanito recibió una carta escrita a título personal por Julián Volio, Ministro de Gobernación -aunque quizás con la venia de un sector del gobierno-, en la que le hacía una propuesta conciliatoria, siempre y cuando permaneciera fuera del país. Para negociarla, envió como emisario al alemán Guillermo Nanne, amigo y socio de don Juanito, a quien este le manifestó y dictó una serie de solicitudes, de las cuales poco después se desdijo de manera pública; ello comprometió el honor de Nanne, quien se disgustó mucho. Esto es extraño en un hombre de palabra

como don Juanito, pero su incongruencia quizás podría explicarse -aunque no justificarse- por el asfixiante tranque que vivía en ese momento.

Un hecho insólito, es que un visitante de don Juanito fue nada menos que Prudencio Blanco, quien otrora había comandado el escuadrón que vigiló a los exiliados de la capital a Puntarenas. Relata (Meléndez, 1968) que poco después había sido designado Comandante de Liberia pero, tras un intento de sublevación morista en esa zona, se sospechó de él, por lo que fue sustituido y transferido a Puntarenas, en un puesto más bien decorativo. Hastiado de no hacer nada, renunció el 21 de noviembre, pero exactamente un mes después, tras su diálogo con don Juanito, se unió a las fuerzas moristas. Su nombre aparece junto a los civiles Francisco Medina, Pedro J. Alvarado y Francisco Salazar, que tomaron el buque ahí, a quienes se sumaban 11 pasajeros en tránsito, dos de los cuales eran don Juanito y Argüello (GOCR, 1859, núm. 24, p. 3).

Tanta era la insistencia y hasta la obsesión de Mora por retomar el poder, que pronto retornaba a Puntarenas, aprovechando el regreso del mismo barco que lo había traído de Panamá dos semanas antes. Enterado de sus verdaderos planes -gracias a la confianza que se tenían-, en la carta enviada a Wyke -ya citada-, el capitán Dow relataba que “Mora está ahora de nuevo a bordo, en nuestro retorno a Panamá, aparentemente para reunirse con su familia, pero en realidad para ver cómo están el terreno y la situación en Costa Rica. Él me contó que Barrios le ofreció 800 hombres armados y municiones, y también que el presidente guatemalteco Rafael Carrera ofreció aportarle financiamiento”.

Es menester acotar que en ese barco, que anclara en Puntarenas el 4 de enero, viajaban 24 pasajeros, 11 de ellos en tránsito, entre quienes figuraba don Juanito (GOCR, 1860, núm. 26, p. 2). Lo que omite mencionar Dow, es que en ese mismo barco venía Prudencio Blanco, pero en algún momento, ya en el golfo de Nicoya, lo abandonó para dirigirse a Liberia; es de suponer que Dow se hizo de la vista gorda, a pesar de las consecuencias que ello podría acarrear tanto a él, como a la empresa naviera para la que laboraba.

En realidad, lo acontecido en aquellos meses no ha sido estudiado con suficiente profundidad, especialmente por la carencia de fuentes documentales. Un hecho claro es que mientras don Juanito estuvo en Costa Rica poco después de derrocado, los moristas quedaron inmovilizados, quizás por el hecho de que cualquier intento por liberarlo lo expondría a la muerte *ipso facto*.

Es decir, quizás confiaron en que, sin poner en riesgo su vida, dado que ellos eran mayoría entre nuestro pueblo, podrían organizarse después para restituirlo en el poder, con el apoyo de gobiernos amigos, entre quienes don Juanito gozaba de gran prestigio y respeto. Sin embargo, las pocas evidencias disponibles sugieren que hubo mucho de improvisación y hasta de anarquía en los intentos de los moristas por recuperar el poder.

En tal sentido, como se verá pronto, la intentona liderada por Blanco en Guanacaste fue efímera y, por lo visto, mal planificada. Obviamente, ahí no estuvieron los 800 hombres ofrecidos por Barrios, ni tampoco las armas y vituallas que podrían haberse adquirido con el financiamiento aportado por Carrera. No obstante, para diciembre de 1859 ya don Juanito contaba con un importante lote de armas, entre las que figuraban 814 rifles Mississippi y Minié, y siete cañones de varios tamaños, más 179 quintales de plomo para las balas de los rifles y los cañones. Tan detallada información, contenida en (Meléndez, 1968), aparece en el pliego de peticiones que don Juanito envió a Volio a través de Nanne, como parte de las condiciones para negociar su retorno pacífico al país; es decir, el gobierno le debía pagar por ellas.

Es de suponer que, fracasado el intento de negociación con Volio y ya en El Salvador, don Juanito, su hermano José Joaquín y Cañas hicieron planes con Blanco y, cuando este desembarcó en el golfo de Nicoya, portaba algunas de esas armas consigo.

Por cierto, como ya se indicó, en el mismo barco del que Blanco descendió, venía don Juanito, quien siguió hacia Panamá, para recoger a su familia cuando el “Guatemala” volviera a subir. Pero si, como acotara Dow, deseaba enterarse de lo que acontecía en Costa Rica, necesitaba informantes, y eso podría explicar que el navío fuera abordado por Manuel Cañas y Mauro Aguilar al día siguiente, en Puntarenas (GOCR, 1860, núm. 26, p. 2); el primero, además de hermano de José María Cañas, era cuñado de don Juanito, por estar casado con su hermana Heliadora, en tanto que Aguilar era hermano de su esposa, Inés Aguilar Cueto. Como una curiosidad, también subieron a bordo T.R. Cowan, Sir William Gore Ouseley y su esposa. Ouseley era un pintor y diplomático británico que residió por un tiempo en Costa Rica; con su esposa, estadounidense y cuyo nombre era María o Marcia Van Ness, Dow mantenía correspondencia.

Don Juanito debió permanecer en Panamá dos semanas, en tanto esperaba embarcarse de nuevo, y ahí

posiblemente se reunió con otros adeptos. Y, mientras lo hacía, quizás no imaginaba que el plan trazado con Blanco ya estaba en ejecución. (Meléndez, 1968) relata que, cerca de las 11 de la noche del 16 de enero, Blanco y sus fuerzas tomaron el cuartel de Liberia, en tanto que al día siguiente caía el cuartel de Bagaces, mientras que a los vecinos de esos pueblos se sumaban los de Santa Cruz y Nicoya, en apoyo a la reinstauración de Mora.

Ajeno a tan importantes hechos bélicos, debido a las dificultades de comunicación de la época, don Juanito por fin abordó el “Guatemala” en Panamá, en tanto que su familia lo esperaba en Puntarenas, lista para zarpar. El 23 de enero el vapor fondeaba en este puerto (GOCR, 1860, núm. 28, p. 2). Es posible imaginar a Mora, ansioso y expectante por los hechos político-militares, que podían inducirlo a descender ahí mismo, para volver al solio presidencial, así como al seno de su amada familia, o a recoger a su esposa e hijos y partir hacia El Salvador para, por fin, establecerse en firme allá.

La información recabada no debe haber resultado alentadora, pues optó por alejarse con los suyos pocas horas después. Según el despacho marítimo, a los 12 pasajeros en tránsito se sumaron “Alonso Gutiérrez, José Gabriel Segura, Rafael Chavarría, Manuel Aguilar, James Goidors, Federico Alvarado, Doña Inés Aguilar y familia, Don Miguel Mora y D.J. Ulloa”. Es de suponer que la presencia de su hermano Miguel obedecía a la urgencia de enterarlo de los acontecimientos, con la mayor veracidad y realismo posibles. No obstante, el pasajero Segura era un espía, que fingiendo ser comerciante, se acercaría a don Juanito, para después informar al gobierno acerca de los movimientos de los moristas en El Salvador, como lo sustentan tanto Argüello (2007) como Meléndez (1968).

Por cierto, acerca de los hechos bélicos recientes, en una carta escrita en Realejo al día siguiente para su amigo Wyke, y basado en la información que pudo captar en Puntarenas, Dow escribía: “No traigo más noticias que las que usted hallará en los periódicos que recibe. En Costa Rica ha habido un levantamiento a favor de Mora en la provincia de Guanacaste. 800 soldados del gobierno van de camino, para aplacarlo”, para posteriormente señalar que “Mora y su familia completa están a bordo, en tránsito hacia La Libertad. Considero que sus oportunidades en Costa Rica son bastante desalentadoras”.

Estos juicios de Dow revelan que las tropas gubernamentales ya iban rumbo a Guanacaste, adonde

llegaron el 28, cinco días después de que el “Guatemala” se detuvo frente a Puntarenas. En gran desventaja numérica, y aislados de los moristas del resto del país, que no se levantaron en armas, los insurrectos huyeron hacia Nicaragua, y el día 29 el general Máximo Blanco recuperaba Liberia sin problema alguno, según narra Meléndez (1968), con abundantes detalles.

Como una curiosidad, cabe hacer una digresión para indicar que, al abordar Mora el “Guatemala” en Panamá, aparte de los 12 pasajeros en tránsito, había 10 que descenderían en Costa Rica, cuatro de los cuales llaman la atención (GOCR, 1860, núm. 28, p. 2).

Uno era su amigo Crisanto Medina, acompañado por su hijo Perfecto. Otro era el abogado catalán Juan Canet Sagrera, a quien don Juanito había deportado varios años antes. Otro más, anotado como G.M. Bosque, podría corresponder al coronel español Manuel Giberga del Bosque, destacado combatiente en la Campaña Nacional.

El último era el irlandés Thomas Francis Meagher, viejo conocido de don Juanito, que había recorrido el país en 1858 y nos legara los vívidos relatos intitulados *Vacaciones en Costa Rica*. Al igual que en una ocasión previa, de octubre de 1859, ahí se le consigna como “porta-pliegos del Gobierno de los Estados Unidos para la Legación Americana” (GOCR, 1859, núm. 14, p. 3); el 3 de noviembre salió hacia Panamá, también en el vapor “Guatemala” (GOCR, 1859, núm. 17, p. 1). Fernández Guardia (2002) indica que su arribo en enero de 1860 obedeció a la negociación de un contrato para la colonización y la construcción de caminos, y que permaneció un año en el país; además de que hay varias evidencias de una gran cercanía suya con el jefe filibustero Walker, en la Guerra de Secesión pelearía en el bando de los esclavistas sureños.

En los intentos de Mora por recuperar la presidencia, hay un hecho disonante, difícil o imposible de entender, con la poca información disponible. Se trata de la citada sublevación de Blanco en Guanacaste, que parecería haber obedecido a un plan sin articulación con otros puntos del país y sin siquiera una adecuada retaguardia en Nicaragua. Y lo es, porque ya desde diciembre don Juanito tenía una oferta de gran envergadura, según lo revela su sobrino (Argüello, 2007), como se describe a continuación. En efecto, Argüello recién emprendía un viaje de recreo por Europa cuando, el 1° de enero de 1860, recibió una carta de su tío, en la que de manera lacónica le decía: “Vente por el primer vapor, te necesito con urgencia. Tiempo tendrás para viajar y filosofar.

Tuyo, Juan Rafael Mora”. Gracias a varios hechos venturosos, pudo tomar a tiempo un pequeño vapor entre Dublín y Liverpool, atravesar el océano Atlántico en el vapor “Adriático” para llegar a Nueva York, desde donde el vapor “Alaska” lo llevó a Colón, y el “Guatemala” al puerto de La Libertad.

Argüello desembarcó ahí el 23 de enero y, tras reunirse con Mora, por órdenes suyas una semana después partía hacia Nicaragua, donde casi de inmediato se encontró con el presidente Tomás Martínez Guerrero. Aunque desconfiaba de él, pues había tenido serias desavenencias políticas con su tío, se llevó la sorpresa de toparse con un pliego de cinco artículos, orientado a restablecer a don Juanito en la presidencia. Entre otras cosas, proponía que, con el auxilio del coronel Manuel Argüello Arce (El Renco), Mora y Cañas organizaran un contingente en Granada y Rivas, al que Martínez proveería con mil rifles. Una vez tomada Guanacaste, desconocido Montealegre, y declarado don Juanito como presidente, éste solicitaría el ingreso de mil soldados en apoyo suyo, para defender sus posiciones. Aparte del contenido del pliego, Martínez se ofreció como fiador para un préstamo por 14.000 pesos, solicitados a la casa Russell & Co.

El hecho de que en su relato (Argüello, 2007) mención de inmediato la invasión de Puntarenas, en setiembre de ese año, sugiere una clara interconexión entre ambos eventos. Sin embargo, algunas evidencias crean dudas acerca de varios de estos eventos.

En primer lugar, ya se vio que Argüello anota haber desembarcado en La Libertad el 23 de enero, pero esto es erróneo. Como se narró en párrafos previos, ese mismo día el “Guatemala” había anclado en Puntarenas, y en él venía Mora a recoger a su familia. En segundo lugar, para que Argüello hubiera recibido la carta de su tío en Irlanda, ésta debió haber sido enviada desde El Salvador en noviembre o inicios de diciembre, pero en ese lapso don Juanito ni siquiera había regresado de EE.UU.; de hecho, retornó a San Salvador para la Navidad, como se percibe en la siguiente noticia de la prensa local (GO 1859):

El Sr. Presidente D. Juan Rafael Mora ha llegado el lunes por la tarde a esta Capital y se ha hospedado en casa de su hermano político el General D. José María Cañas. Viene de los Estados Unidos y parece que trata de radicarse en esta República, con cuyo objeto piensa pasar a Puntarenas en el próximo vapor para traer a su familia. Damos al Sr. Mora la más cordial

bienvenida y deseamos que realice su proyecto de establecerse entre nosotros (núm. 56, p. 1).

En cuanto a Cañas, conviene hacer una digresión aquí, para indicar que había retornado a su patria desde mediados de setiembre, como lo revela la siguiente noticia: “El Señor General D. José María Cañas, que ha pasado unos días en esta Capital al lado de sus antiguos amigos y contemporáneos, marchó ayer a Sonsonate, de donde regresará pronto. El Señor General Cañas está resuelto a trasladar su familia y negocios a esta República, de donde es oriundo y en donde tiene y conserva las más cordiales relaciones” (GO, 1859, núm. 38, p. 3).

Asimismo, Méndez (2012) cita una carta de Barrios a su amigo Carlos Meany, con fecha 12 de setiembre, en la que narra lo siguiente: “Antes de ayer llegó a esta capital el General Don José María Cañas a quien recibí como un antiguo amigo y con todo el agasajo que merece para endulzar un tanto los malos ratos que le han hecho pasar los costarricos”. Es curioso que, aún con esta información en manos suyas, dicho autor indicara que Cañas estaba en la cubierta del “Guatemala” cuando Barrios llegó a conocer este vapor, que él ubica en el puerto de La Unión y no en el de La Libertad. Aún más, sin evidencia alguna, Méndez agrega que “Barrios, Mora y Cañas entablaron amplias conversaciones, donde el tema de la política resultó primordial”, además de extenderse en otros juicios que no tienen sustento documental; por cierto, también yerra al ubicar a Argüello a bordo de ese navío, pues había desembarcado en Realejo.

Argüello (2007) no cita las razones por las cuales él y Cañas descendieron ahí. Cabría pensar que lo hicieron para contactar a políticos y militares importantes, con miras a que don Juanito recuperara el poder, pero él estuvo muy poco tiempo ahí. Por su parte, Cañas permaneció unas dos semanas en Nicaragua antes de regresar a su patria, lo cual quizás hizo por tierra. Es posible que, con el prestigio que tenía, de alguna manera allanara el camino para que, por mediación de otros, el presidente Martínez cambiara de actitud hacia Costa Rica, pero esto es especulativo. Lo cierto es que debe haber habido una razón de peso para actuar así, en vez de acompañar a sus cuñados, los hermanos Mora, al recibimiento de Barrios, su entrañable e incondicional amigo, quien incluso pronto lo nombraría Comandante en Jefe del Ejército.

Esa razón clave pareciera corresponder a un hecho totalmente insospechado, que la prensa reveló, al producir un texto procedente de Nicaragua, que dice:

“Sabemos por informes privados que el Sr. General D. José María Cañas, ministro de guerra en la administración del Sr. Mora, y uno de los expulsados Argüello, han llegado a León, y que una comisión ha sido nombrada por el Gobierno Provisorio de Costa Rica para hacer conducir a su patria al Ilustrísimo Sr. Llorente y restablecerlo en su silla, de la que fue lanzado por el mismo que hoy experimenta igual desgracia” (GOCR 1859, núm. 10, p. 3). Estos datos, aunados a palabras laudatorias sobre cómo el “pueblo costarricense en sus transiciones políticas revela siempre gran cordura y mucha civilización”, y que “ha sabido economizar la sangre de sus hijos y afianzar sus derechos y su libertad, sin los estragos violentos que en otros pueblos se dejan sentir en circunstancias iguales”, sugieren que, a pesar de su condición de proscritos, Cañas y Argüello actuaron como emisarios para -junto con los curas Rivas y Ortiz- aligerar la repatriación del obispo Llorente.

Para retornar al relato de Argüello (2007) acerca del plan propuesto por Martínez, ya se señaló que incurrió en un error, al consignar fechas clave; al respecto, en su relato él mismo aclara que lo escribió 35 años después de esos acontecimientos -para entonces tendría unos 61 años-, por lo que la memoria le podría haber jugado una mala pasada. Además, es evidente que si la oferta de presidente Martínez hubiera ocurrido en el citado período, no habría tenido sentido alguno la fallida insurrección de Prudencio Blanco en Guanacaste, pues más bien hubiera sido contraproducente.

Lo que sí es innegable es que don Juanito no cejaba en su anhelo por recuperar la presidencia, como lo revela una carta de Dow para la señora Ouseley, en la que dedica más de tres páginas a contarle acerca de la situación del país. Al aludir en su inicio a “la pasadepara de Mora hacia arriba y hacia abajo de la costa centroamericana durante casi las seis últimas semanas”, y como la carta data de marzo, esto significa que, a pesar del fracaso de la rebelión de enero, don Juanito casi de inmediato continuó viajando en el *Guatemala*, en pos de su objetivo. Excepto por las oportunas palabras de Dow, no hay manera de detectar esto en la prensa nacional -quizás sí en la de otros países-, pues don Juanito sería siempre un pasajero en tránsito.

Eso sí, en esa misma carta Dow agrega que don Juanito visitó en Guatemala al presidente Carrera, quien le ofreció que, en coordinación con el general Barrios, enviaría unos comisionados a negociar con Montealegre su retorno pacífico y definitivo. Esta visita ocurrió a mediados de febrero, según se colige de una carta de don Juanito a Carrera, fechada el 12 de febrero y de la

cual (Meléndez, 1968) extrajo algunos párrafos; puesto que debía abandonar el país, delega poderes en su amigo Nazario Toledo, de quien dice que “está plenamente facultado para celebrar en mi nombre toda clase de compromisos o convenios que sea necesario verificar”.

Esta iniciativa de negociar con el régimen golpista revela, una vez más, que don Juanito, quizás por influencia de su esposa y preocupado por el futuro de sus hijos, se debatía entre pactar su regreso a Costa Rica, donde tenía propiedades y negocios que le darían los ingresos suficientes para sostener a su familia, o intentar la toma del poder por la fuerza.

Para agregar incertidumbre a su pesarosa y ambivalente situación, había transcurrido poco más de un mes desde que Dow escribiera esa carta, cuando ocurría la llamada “rebelión de La Soledad”, el 18 de abril, que tenía como meta apoderarse de los dos cuarteles que había en la capital, e instalar un gobierno provisional, encabezado por Manuel Mora Fernández y secundado por su sobrino Mateo Mora Bonilla, como Comandante del Ejército. Al final, por ciertos imprevistos, el plan falló y el gobierno se enteró de los planes, todo lo cual concluyó cuando, en las cercanías de la iglesia de La Soledad, Máximo Blanco capturó a los únicos dos individuos que habían permanecido ahí. A este hecho se refirió Dow de manera tangencial, en otra carta para la señora Ouseley, fechada el 15 de junio, en la que dice: “Se habla de otra revolución, esta vez a favor de Don Miguel Mora, tío del ex presidente, pero no conectado políticamente con él”; confunde el nombre de Manuel Mora, medio primo de don Juanito, con el de Miguel Mora, hermano suyo.

Este nuevo fracaso político-militar posiblemente actuó como detonante para tomar una decisión final acerca de su vida cotidiana, como se capta en esa misma carta de Dow, en la que éste expresa que “el ex presidente Mora ha volcado su atención por completo a plantar café en San Salvador. Hace poco el Presidente Barrios me contó que le alquiló a Mora 8000 manzanas (5600 ha) de tierras estatales, con este propósito. Espero que el pequeño hombre encuentre eso más productivo que promover la revolución en Costa Rica”. Este párrafo que culminaba con una frase lapidaria: “No se ha escuchado nada más acerca de él en conexión con la política de Costa Rica. Él está políticamente muerto y enterrado”.

Es decir, parecía que por fin don Juanito estaba dispuesto a olvidarse de la política, para dedicarse a las actividades de empresario cafetalero, que era un deseo

que había expresado en otros momentos. Además, ya sin actividades que le generaran ingresos, más los gastos implicados en tantos viajes -conviene acotar que el boleto entre Panamá y La Libertad costaba 75 dólares oro-, estaba en serio riesgo la estabilidad económica de su esposa y sus pequeños hijos. Vale la pena señalar que para entonces Elena, su hija mayor, frisaba los nueve años, a quien le sucedían Teresa, Alberto, Amelia y Camilo; Juana nacería de manera póstuma.

Al respecto, tras calificar a su tío como “uno de esos empresarios de gigantescas proporciones” (Argüello, 2007) anota que Mora “comenzó a sembrar dos millones de cafetos en almácigo”, y que “el café, fruto principal de exportación en El Salvador, lo debe a la emigración costarricense”, cuya colonia se estableció en Santa Tecla, cerca de San Salvador. Además, que Barrios “recibió muy bien a Mora y sus adherentes, y les concedió terrenos fertilísimos con la condición de que los cultivaran de café”, para agregar que “don Yanuario Blanco, acaudalado costarricense que habitaba en San Salvador, hizo cosa igual con sus compatriotas, favoreciéndolos y animándolos con sus riquezas y su influencia”. Por su importancia histórica y agrícola, esta es una cuestión que amerita un estudio profundo, que ojalá se acometa pronto.

Si bien Argüello señala que allá viajaron unos 600 costarricenses, no hay evidencia de que esta cifra fuera tan alta. Uno de los pocos que dejó testimonio de su presencia allá, fue Faustino Montes de Oca Gamero, quien destacara en la Campaña Nacional, y arribó a El Salvador en mayo de 1860 (Obregón, 2007). Además de que su hermana Felipa estaba casada con Miguel, hermano de don Juanito, él tuvo un hijo con Mercedes Mora, hermana de ellos, quien estaba viuda; ella era la madre de Manuel Argüello, tantas veces citado aquí.

Aunque, por su experiencia en ese campo, se involucró en la construcción de la carretera a La Libertad, bajo la tutela de Cañas y José Joaquín Mora, en una carta fechada en diciembre de 1861, un año después de fusilados Cañas y don Juanito, anotaba que “aquí en Santa Tecla están ya sembradas muy buenas haciendas, y el año que viene creo que sembrarán un millón de matas, según los preparatorios” (Obregón, 2007); esta cifra hace pensar que (Argüello, 2007) exageró, al calcular en dos millones las plántulas sembradas en 1860 por su tío. En todo caso, y como un reflejo veraz de la bonanza que se atestiguaba, en enero de 1862 Montes de Oca expresaba que “los cafetales van perfectamente ya hay algunos que cogerán cien quintales. En dos años de más creo que exportarán más de diez mil quintales”.

Obviamente, para un cultivo perenne, y que requería al menos cuatro años para producir frutos, los ojos y el alma de don Juanito no se pudieron solazar al ver las bandolas rebosantes de bayas maduras, como feliz resultado de sus consejos. Sin embargo, ya dedicado de lleno a la actividad cafetalera, su vasta experiencia le permitía visualizar que, con un clima y un suelo tan favorables como los de Santa Tecla, más adecuadas y oportunas prácticas agronómicas, todo era cuestión de tiempo para obtener pródigas cosechas. No obstante, los tercios hechos lo conducirían a otro destino, lejos de la agricultura y cerca de las armas.

Por lo analizado en párrafos previos, cabe suponer que más bien fue en esta época en la que emergió del plan propuesto por el presidente Martínez, y no a inicios de 1860, como lo consignara Argüello (2007). Como ya se indicó, la forma en que está estructurado su relato, insinúa una conexión entre dicho plan y la invasión definitiva de Puntarenas, en setiembre, pero la distancia temporal, de más de siete meses, crea todavía más dudas acerca del período exacto en que Martínez hizo su planteamiento. Aún más, no hay evidencia alguna de que ese plan se ejecutara, y ni siquiera de que estuviera articulado con los demás preparativos para la invasión.

Para retornar a lo que hacía y cómo se sentía don Juanito poco antes de ese fatídico setiembre, es oportuno transcribir el siguiente fragmento de la carta escrita a su esposa Inés, pocas horas antes de morir: "Recordarás que yo tenía mis motivos para tener tanta repugnancia para invadir este ingrato país y que lo hice instigado por los que me han sacrificado: Dios les perdone como yo les perdono". Este dato es muy revelador, pues sugiere que, de manera anticipada, él intuía que sería víctima de una traición; de hecho, el general Florentino Alfaro Zamora (Figura 5), dizque incondicional seguidor alajuelense suyo, incluso terminaría integrando el tribunal que decretó tanto su fusilamiento como el de Cañas.

Planeada la sublevación para el 15 de setiembre, fecha conmemorativa de la independencia de Centro América, cuenta Argüello (2007) que, suscrita por más de 60 personas importantes, sobre todo de Alajuela, enviaron una carta que, entre otros asuntos, contenía el siguiente ultimátum:

Si don Juan Rafael Mora y el General Cañas no llegan a Puntarenas en el vapor que lleva esta comunicación, a su vuelta, no por esto se suspenderá la toma de cuarteles de Esparta y el Puerto, y entonces, fracasará probablemente la

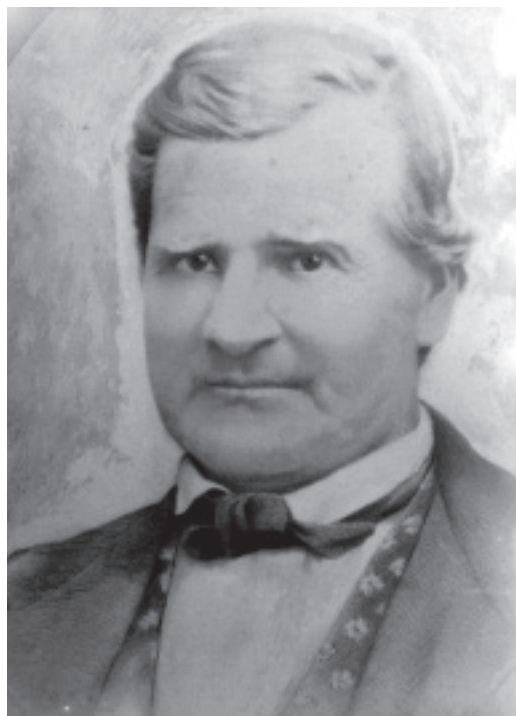


Figura 5. El controversial Florentino Alfaro

revolución, y nosotros, sus amigos y partidarios, seremos sacrificados por el Gobierno de Montealegre. No esperamos que se nieguen a ayudarnos con sus personas; pero si así fuere, le quedará a Mora y Cañas el remordimiento de habernos abandonado. No se trata, pues, de deliberar si vienen o no. Deben venir precisamente a vuelta de vapor (Argüello, 2007).

Por lo delicado de la misión, sería de esperar que un emisario de confianza llevara la carta; sin embargo, no fue posible detectar en la prensa el nombre de algún morista, pues en esos días no apareció el recuadro referido a asuntos navieros, para ver quiénes abordaron el barco en Puntarenas. Otra opción es que la carta fuera enviada utilizando el servicio de correo del barco.

Conviene aclarar que ese buque no era el "Guatemala", como erróneamente lo indica Méndez (2009) en una versión novelada de los hechos, sino el "Columbus". Por cierto, dicho autor, de manera infundada califica al "Guatemala" como un "pequeño vapor" y una "embarcación realmente sencilla", y se extiende en descripciones técnicas totalmente inexactas. Por último, indica que para la aventura del retorno, el vapor fue "conseguido con mucho esmero y dificultad por Cañas", como si lo hubiera alquilado para la ocasión.

Por rigurosidad histórica, debe precisarse que el “Guatemala”, de nada menos que 1500 toneladas (aunque en otra fuente se indica que su peso era de 1021 toneladas, quizás porque este era el tonelaje neto, es decir, el espacio útil para carga) y tripulado casi siempre por 41 marineros, era un buque muy moderno (Figura 6), construido en 1859, en Nueva York; aunque no se cuenta con sus medidas, por analogía con barcos similares, quizás medía 71x9x4,5 metros (largo, ancho y profundidad). En contraste, el “Columbus” tenía un peso de 460 toneladas, y fue construido en 1848 por Reeves & Brothers, en Alloways town, Nueva Jersey; de madera y movido por hélice, medía 50x9x4 metros y poseía un mascarón de proa, dos plataformas (*decks*) y tres mástiles.

Desde agosto de 1859 ambos navegaban por la costa Pacífica, con itinerarios alternos y quincenales, de modo que a veces les correspondía toparse en algunos puertos. Cuando iban rumbo al norte, pasaban por La Libertad los días 22 y 7 del siguiente mes, y al descender lo hacían los días 27 y 12, respectivamente, y siempre coincidían en Puntarenas el día 17 de cada mes (Otis, 1861).

Debido a que esta necesaria e inevitable rigidez de sus itinerarios lo impedía, era absurda la pretensión de los insurrectos de que don Juanito, su hermano y Cañas llegaran al país el 15 de setiembre.

En todo caso, pareciera que el “Columbus” no zarpó de La Libertad el día 12 -como lo sugiere el estricto

itinerario-, sino el día 11, a juzgar por los siguientes apuntes de don Juanito, trazados la víspera, cerca de la medianoche: “Por fin partiremos mañana. Que Dios guíe mis pasos. Él que conoce mis intenciones, que favorezca mi buena fe. Me aseguran que no se derramará una gota de sangre...”. Sus anotaciones, breves y algo incoherentes, denotan la inquietante turbación del ánimo de un hombre que siempre se caracterizó por la serenidad en sus pensamientos y sus acciones. Apreensivo por lo que podría acontecer con él y su familia, se preguntaba: “¿Por qué estoy tan triste? No lo sé. He visto a mis hijitos dormidos y me destroza el corazón la idea de que quedasen desamparados. ¿Qué sería de Inesita si una desgracia me condujere al sepulcro?”. Y culminaba sus cavilaciones con el ominoso presagio de que sería traicionado (Aguilar y Vargas, 2014).

El “Columbus” arribó a Puntarenas cerca de las ocho de la mañana del día 17, según consta en el diario del cónsul inglés Richard Farrer (Meléndez, 1968); lo comandaba el capitán J.W. Ludwig, que había subido en él desde Panamá en días previos (GOCR, 1859, núm. 63, p. 4). Cuando el vapor llegó a Puntarenas, la insurrección ya había empezado.

En efecto, bajo el liderazgo del chileno Ignacio Arancibia, los moristas habían tomado el cuartel de Esparza el día 14 a las ocho de la noche, y pronto se desplazaron hacia Puntarenas, donde tomaron la guarnición local, y al día siguiente proclamaron a don Juanito como Presidente de la República (Anónimo, 1861). En los días

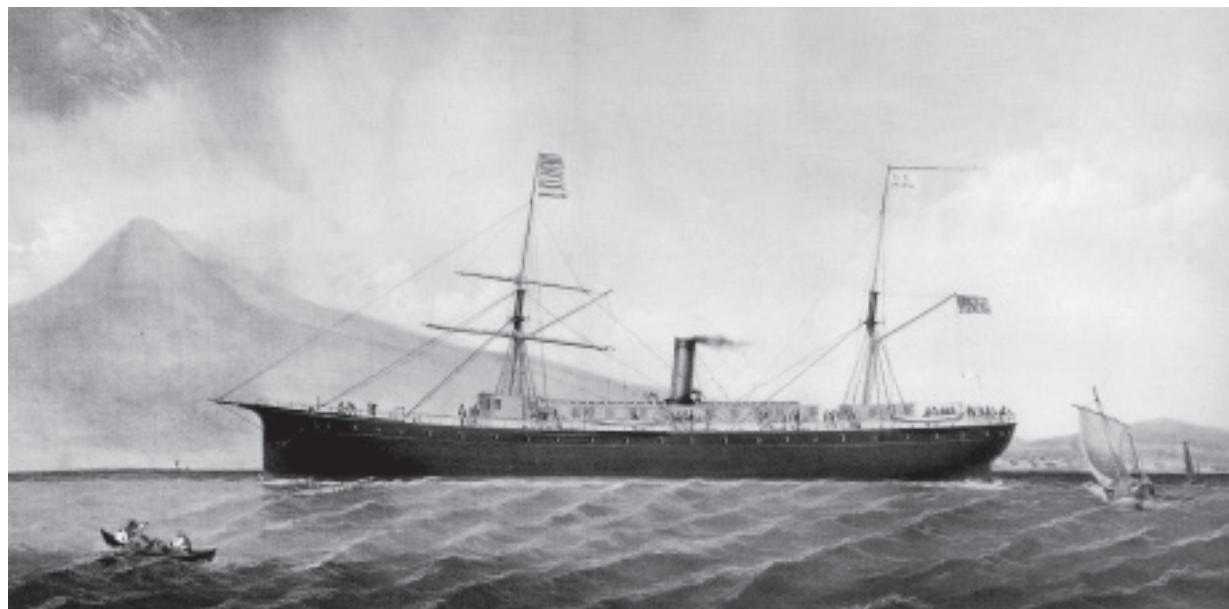


Figura 6. El vapor “Guatemala”

previos, en vez de regocijarse por ver lo cerca que estaba de retomar el poder y así concretar este anhelo tan largamente acariciado, en los apuntes ya citados y dubitativo por lo que podría esperarle, irónicamente, Mora había anotado: “Casi deseo que el puerto no haya sido tomado, que Arancibia se haya arrepentido, entonces seguiríamos a Panamá y después viviríamos tranquilos en este destierro por más puyas y empeños que vengan de Costa Rica”.

Por cierto, y como era de esperar, el día 17 a las 5.30 p.m. llegó desde Panamá el vapor “Guatemala”, para partir el mediodía del día 18, como se percibe en el diario de Farrer. Lo que se ignora es si lo comandaba Dow, como lo supuso el autor de este artículo en Hilje (2010), debido a que era el capitán titular de ese barco, al igual que lo era Ludwig del “Columbus” (Otis, 1861). Sin embargo, en el viaje de agosto lo había timoneado el capitán W. Rathbun, quizás porque Dow -quien lo había conducido en julio y octubre- estaba de vacaciones, con su familia; casado con Elizabeth Allen, a quien visitaba cada dos años en Nueva York, procrearon tres hijos. No fue posible determinar quién era el capitán pues, debido a los sucesos bélicos, la *Gaceta Oficial* no apareció por tres semanas, a partir del 15 de setiembre. (GOCR, 1859, núm. 66).

Es oportuno indicar que, según Argüello (2007), el grupo estaba conformado por Mora y su hermano, más Cañas y él, a quienes se sumaban el coronel Francisco Sáenz, guatemalteco en el ejército salvadoreño, y unos pocos sirvientes. Como equipaje, traían consigo varias cajas, cuyo contenido posiblemente el capitán Ludwig no ignoraba, pues él sabía que esos viajeros estaban proscritos en Costa Rica. Al respecto, Farrer expresaría que “no puede haber duda de que el vapor favoreciese a Mora y a los suyos pero el **probar** esto es otra cosa. El flete de 7 cajas de armas y municiones y los pasajes de la comitiva fueron pagados **hasta Panamá**” (los énfasis son suyos). Esta redacción deja entrever que Ludwig aceptó consignar los boletos y el equipaje con Panamá como destino final, cuando en realidad sabía que ellos desembarcarían en Puntarenas.

No ha sido posible hallar documentación -si es que la hay- acerca de algún reclamo del gobierno de Montealegre a la compañía naviera, tanto por esta aparente complicidad, como por la supuestamente habida cuando Prudencio Blanco descendió del vapor “Guatemala” en el golfo de Nicoya. Pero sí es interesante resaltar que Dow, quien fue amigo de Barrios, años después lo favorecería en un asunto político, aunque alegó que había sido neutral en el conflicto, como se relata en

Hilje (2010). En todo caso, no debe descartarse que la Compañía del Ferrocarril de Panamá -propietaria de los vapores- no estuviera a gusto con el gobierno de Montealegre pues, poco después del golpe de Estado, este pretendió anular el contrato de transporte de correo que don Juanito había suscrito con dicha empresa, como consta en una carta de Dow a su amigo Henry Shelton Sanford (Hilje, 2010a). Valga acotar que en ninguno de los dos periódicos de entonces fue posible hallar evidencias de este episodio.

No está entre los fines de este artículo relatar los acontecimientos de la sublevación morista, que aparecen detallados en las obras de Argüello (2007) y Meléndez (1968).

A grandes rasgos, hubo delatores que narraron al gobierno los planes de los insurgentes, por lo que éste envió un contingente de más de mil hombres que, al mando de Máximo Blanco, en pocos días desalojó a las fuerzas moristas de sus posiciones en el río Barranca, al igual que de la robusta trinchera -provista con cañones- instalada en La Angostura. Acorralados en la muy angosta franja de tierra que es Puntarenas, tras resistir unos pocos días don Juanito pactó su entrega. Enjuiciado de manera sumaria por un tribunal militar espurio, aceptó ser fusilado, con tal de que no se hiciera lo mismo a los demás, lo cual le prometieron pero, en una actitud deshonrosa, no cumplieron.

El domingo 30 de setiembre, llevados don Juanito y Arancibia a Los Jobos, que era un sitio sobre todo para el sesteo de bueyes, muy cerca del estero, fueron colocados de espaldas a uno de estos frondosos árboles (*Spondias mombin*, pariente del jocote), el cual sirvió de patíbulo. Al ser las tres de la tarde, sus cuerpos caían acribillados por las balas, como ocurriría con Cañas el martes 2 de octubre, a las nueve de la mañana.

Quince meses después, el 3 de diciembre de 1861, fondeaba en Puntarenas el vapor “Columbus”, timoneado no por Ludwig, sino por Rathbun, para zarpar al día siguiente hacia los demás puertos centroamericanos, como era usual (GOCR, 1861, núm. 72, p. 2). Sin embargo, ese no fue un viaje más, pues esta vez no habría retorno. En efecto, cerca de la medianoche del día 8 encallaba en un arrecife, en Punta Remedios -a unas tres millas de Acajutla-, tras lo cual se partió en dos, lo que provocó el hundimiento de la proa y después de la popa (GO, 1861, núm. 19, p. 4); por cierto, hace apenas tres años, en 2012, sus restos fueron localizados en el arrecife de la playa Los Cóbano, en la península de Punta Remedios (GO, 1861, núm. 19, p. 4).

Con este naufragio desaparecía bajo las aguas el legendario navío que, de haber sido exitosa la tentativa morista, pudo haberse convertido en el símbolo o ícono de la restitución de un carismático y genuino estadista, así como de la continuidad de un régimen que tanto progreso y bienestar dio a Costa Rica.

NOTA

- 1 En un injustificable yerro tipográfico, en el título aparece 1869 y no 1859, como el año de la llamada revolución, la cual dio origen al gobierno de la *Nueva Era*. Por cierto, con este nombre también se bautizó un novel periódico del gobierno, que apareció por primera vez el 17 de setiembre de 1859 y que se publicaba junto con la GOOCR.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aguilar, R. y A. Vargas. (2014). *Palabra viva del Libertador*. San José: Eduvisión.

Anónimo. (1861). *Exposición histórica de la revolución del 15 de setiembre de 1869. Acompañada de algunas reflexiones sobre la situación del país, antes y después del 14 de agosto de 1859* (p. 100). Imprenta del Gobierno.

Argüello, M. (2007). *Obras literarias e históricas*. Biblioteca Fundamental de las Letras Costarricenses. San José: Editorial Costa Rica.

Fernández Guardia, R. (2002). *Costa Rica en el siglo XIX; relatos de viajeros*. San José: EUNED.

Hilje, L. (2010). Don Juanito Mora y el capitán Dow. *Revista Comunicación* (19), núm. especial, pp. 79-88.

Hilje, L. (2010). La vida en San José a mediados del siglo XIX. Remembranzas de don Chico Rohrmoser. *Revista Herencia* (23), núm. 2, pp. 25-47.

Meléndez, C. (1968). *Dr. José María Montealegre*. San José: Academia de Geografía e Historia de Costa Rica.

Méndez, R.A. (2009). *El general y el presidente*. San José: Ediciones Perro Azul.

Méndez, R.A. (2012). *Cañas: hombre de Estado y empresario*. San José: EUNED.

Montúfar, L. (2000). *Walker en Centroamérica*. Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.

Obregón, C. (2007). *Diarios de Faustino Montes de Oca Camero*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Otis, F.N. (1861). *Illustrated history of the Panama railroad*. New York: Harper & Brothers Publishers.

Periódicos *Gaceta Oficial de Costa Rica*:

- 28 de diciembre de 1859, núm. 56, p. 1.
- 8 de setiembre de 1859, núm. 65; 15 de setiembre de 1859, núm. 66.
- 25 de enero de 1860, núm. 28, p. 2.
- 26 de octubre de 1859, núm. 14, p. 3.
- 26 de octubre de 1859, núm. 14, p. 4.
- 9 de noviembre de 1859, núm. 17, p. 1.
- 24 de agosto de 1859, núm. 31, p. 6.
- 22 de agosto de 1859, núm. 2, p. 3.
- 17 de setiembre de 1859, núm. 38, p. 3.
- 25 de enero de 1860, núm. 28, p. 2.
- 22 de agosto de 1859, núm. 2, p. 1.
- 3 de setiembre de 1859, núm. 5, p. 27.
- 7 de setiembre de 1859, núm. 6, p. 2 y p. 3.
- 20 de noviembre de 1861, núm. 72, p. 2.
- 18 de diciembre de 1861, núm. 19, p. 4.
- 25 de agosto de 1859, núm. 63, p. 4.
- 15 de setiembre de 1859, núm. 66; 6 de octubre de 1859, núm. 67.
- 31 de agosto de 1859, núm. 33, p. 1.
- 3 de setiembre de 1859, núm. 34, p. 7.
- 28 de diciembre de 1859, núm. 24, p. 3.
- 11 de enero de 1860, núm. 26, p. 2.
- 28 de setiembre de 1859, núm. 10, p. 3.

Periódicos *Gaceta Oficial de El Salvador*:

Periódico *Nueva Era*:

- 10 de diciembre de 1859, núm. 10, p. 3.

Periódico *Crónica de Costa Rica*

- 17 de agosto de 1859, núm. 240, p. 2.

AGRADECIMIENTOS

A Jorge León Sáenz, Juan Durán Luzio, Roberto Gallardo (Secretaría de Cultura de la Presidencia, El Salvador), Fernando Leitón Meneses, Guillermo De La Rocha Hidalgo, Emilio Obando Cairol, Carmen María Fallas Santana y Manlio Argueta, el aporte de valiosa información.

En cuanto a las imágenes, Juan Murillo Herrera y Aída Elena Cascante Segura (Editorial de la Universidad de Costa Rica) y Antonio Vargas Campos (Museo Histórico Cultural Juan Santamaría), me prestaron las figuras 4 y 5, respectivamente; el autor de la primera fue el venezolano Ramón Páez. Por su parte, Carlos Ossenbach Sauter me facilitó las figuras 2 y 3, reproducidas del archivo del capitán John M. Dow (Biblioteca de la Universidad de Cornell). Asimismo, Eisha Leigh Neely, de dicha entidad, verificó que la figura 6, que Jorge León Sáenz consiguió en una obra acerca de la historia de Guatemala, editada por Jorge Luján Muñoz, corresponde a una litografía en esa colección, identificada con la leyenda *The United States Mail Steam Ship Guatemala, 1021 Tons, John M. Dow, Commodore, Belonging to the Panama*

Rail Road Company's Central American Line; delineada por Charles Parsons, la litografía fue obra de Endicott & Co., en Broadside, Nueva York.

Finalmente, además de Theresa White, quien revisó el resumen en inglés, agradezco a las siguientes personas, que me ayudaron a hacer contactos para conseguir información: Jorge Cortés Núñez (Centro de Investigación en Ciencias del Mar y Limnología, Universidad de Costa Rica), Johanna Vanessa Segovia Prado (Instituto de Ciencias del Mar y Limnología, Universidad de El Salvador), José Enrique Barraza Sandoval (Ministerio de Medio Ambiente y Recursos Naturales, El Salvador), Francisco Chicas Batres (Escuela de Biología, Universidad de El Salvador) y Sebastián Vaquerano López (Embajador de El Salvador en Costa Rica).